

3. ¿Cómo reaccionaría Jesús frente a nuestra situación política?

“Cuando los seres humanos se vuelven ateos, entonces los gobiernos se desorientan, las mentiras carecen de límite, las deudas no se pagan, las conversaciones no conducen a nada, la ilustración es descerebrada, los políticos no tienen carácter, los cristianos no rezan, la Iglesia se debilita, los pueblos no viven en paz y los crímenes se descontrolan” (Antoine de Saint-Exupéry). Ante tales reconvenciones, los seres humanos se preguntan, entonces igual que ahora: “¿Qué debemos hacer?”. Jesús nos llamaría la atención sobre la absoluta prioridad de Dios; se caracterizaría a sí mismo como el camino y luego nos diría que lo demás nos será dado por añadidura. La forma hedonista y, en último término, atea de arreglárnoslas que tenemos en todo el mundo occidental ha llegado a un punto de inflexión. Ya no podemos seguir financiándola. Y la vida en un mundo sin Dios no es soportable por más tiempo. Continentes enteros han sido entregados a la explotación. La naturaleza ha sido destruida, y al ser humano se le ha privado de su dignidad. En el mundo del trabajo han surgido nuevas formas de esclavitud. Los políticos y los ejecutivos hacen su agosto. La expoliación se convierte en la estrategia global de las empresas. Y ya no nacen niños. ¿Para qué?

En el momento presente nos encontramos en una encrucijada de la historia universal; ésta afecta sólo superficialmente a Turquía o Irak. Durante demasiado tiempo hemos creído que la gran batalla decisiva se dirimiría entre el Este comunista y el Oeste “libre” y democrático. Las preguntas fundamentales -eso lo sabemos ahora con suficiente claridad- nos las plantea la religión de todos los países islámicos, la cual cuestiona la vía occidental con inaudita rotundidad, aun cuando nos indigne con razón que esto se exprese en espectaculares acciones terroristas, así como en la proclamación y realización de una guerra santa. El islam - que es más que Al-Qaeda y algo distinto de ella- nos grita un “¡así, no!” imposible de desoír. La manera en que mayoritariamente reaccionamos a ello revela, a mi juicio, un terrible grado de miedo y falta de confianza. Si algo puede servir como indicador del estado interior de nuestro pueblo, son los mecanismos de acallar, de desviar la mirada, de no querer percibir. No seremos capaces de detener nada. Ya tenemos más de dos millones de musulmanes en Alemania. De nada vale hacer la vista gorda. Pero justo eso es lo que practicamos. Cuando imparto en la facultad seminarios con el título: “Biblia y Corán. Una clarificación”, no se inscribe prácticamente nadie. “No es relevante para el examen de grado”. ¿Para qué realidad estudiamos y cursamos la carrera de teología?

Tenemos miedo de que la cultura, la fertilidad y la fortaleza de fe de los musulmanes nos puedan afectar al punto de manera triple. En la situación interior apenas nos diferenciamos de los países cristianos de Turquía y del norte de África en los siglos VII y VIII, en los que un cristianismo podrido fue arrollado sin más. Y la conmoción de 1683 -recordémoslo: los turcos se encontraban a las puertas de Viena- sólo siguen teniéndola presente, en el mejor de los casos, los alemanes meridionales cultos. Se nos viene encima una dura confrontación en torno a nuestra identidad. Podemos intentar suprimir otra vez la tolerancia y la sociedad multicultural, repartir de nuevo el mundo, acorazarnos unos frente a otros, mirar a otro lado, conjurar nuestra debilidad y refugiarnos tras prohibiciones y supuestos muros de protección. Con ello, no conseguiremos detener nada. O tendremos religión, una religión fuerte, o abdicaremos ante la historia. Quienes todavía representan a la religión con escaso convencimiento y con rebajas están tentados de malgastarla en quejidos y temor al sufrimiento. Desde finales del siglo XVII se renunció en la práctica a la confrontación con el islam. Por el

contrario, la Edad Media desde Tomás de Aquino (con su Suma contra gentiles) hasta el erudito monje Ludovico Marraccio (Padua 1698), con su magnífica edición y refutación del Corán, todavía fue capaz de llevar a efecto tal confrontación.

Así es como me imagino una disputa abierta y franca con el poder mundial que es el islam: en lugar de pusilanimidad orientada hacia el pasado e inútiles intentos de ofrecer protectores cuidados maternos, los cristianos deberíamos adoptar una posición clara y combativa frente al islam. ¿Quién si no va a llevar a cabo la confrontación? ¿Los decadentes hijos de la Ilustración aferrados al eslogan: “Acelera, quiero diversión”? Ellos, ciertamente no. De momento, la disputa sólo es impulsada por la extrema derecha y a menudo no tiene más contenido que la demonización del islam. Encontrar el punto medio entre la demonización y la abierta simpatía representa un verdadero reto. Si las cosas salen bien, la controversia con el islam será uno de los resortes para dinamizar el paralizado ecumenismo entre cristianos. Un cristianismo terriblemente dividido ofreció ya en el siglo VIII su gran oportunidad al islam. Nada nos ayudará; sólo las tres «ces» devendrán necesarias como tabla de salvación en esta confrontación tan grávida de consecuencias para la historia universal: catecismo, cultura y complacencia en los niños (en alemán son las tres «kas»: Katechismus, Kultur und Kinderfreundlichkeit, donde este último término designa, ante todo, la propiciación de una mayor natalidad). Por “catecismo” entiendo una comprensión clara e inteligible de las propias posiciones de fe, lo cual afecta en especial a aquellas que son diferentes de las del islam, a saber, la Trinidad y la muerte expiatoria de Jesús. No podemos permitir sin más que el islam se presente como “la religión bíblica para la gente de la calle”. Hace ya tiempo que necesitamos un catecismo sencillo y claro como el que teníamos en la posguerra. Todavía veo en mi mente los pasajes impresos en negrita del Catecismo católico para la diócesis de Hildesheim, de 1948. Con “cultura” me refiero a una serenidad consciente de nuestra tradición y sabedora de que debemos mucho -pero ni de lejos todo- a la cultura islámica del Medievo. También a este respecto nos faltan conocimientos en grado alarmante. Tendremos que reflexionar y ponernos de acuerdo. Quien desee renunciar a la presentación pública de nuestra cultura ha de tener en cuenta que toda religión entra necesariamente en simbiosis con una determinada cultura. Eso conlleva ventajas y desventajas. Pero es una cuestión de la identidad fraguada con el tiempo. Y según el Nuevo Testamento, la presentación pública siempre tiene algo que ver con la confesión. Con el coraje, los conocimientos y la claridad, con la disposición al sufrimiento y la confianza en Dios. Precisamente la imagen de Jesús del evangelio de Lucas, con el anuncio sin miramientos de que todo ello comporta sufrimiento y fatigas, es la indicación más importante en este sentido. Salta a la vista que en nuestro país tiene que volver a haber niños. Lo que no se tiene tan claro es que, si queremos que crezca una nueva generación con convicciones y no sólo con dinero y con la pretensión vitalicia de divertirse al máximo, los niños deben ser educados en familias intactas y de fe firme.

Parto de que la confrontación aquí esbozada y aún pendiente es justo ese impulso exterior, necesario desde el punto de vista de la historia universal, que ofrece una gran oportunidad para volver a descubrir lo propio. Ahora todo depende de si concebimos las celebraciones litúrgicas como jueguitos psicológicos, y la formación religiosa como banal psicologización adaptada a las necesidades de cada cual, o hacemos nuestro de nuevo el pan negro, enjundioso, de la Escritura y la tradición espiritual. Gracias a Dios, la situación es dramática. Jesús nos apremiaría.